

Rebecca A. Devlin, *Bishops, Community and Authority in Late Roman Society. Northwestern Hispania, c. 370-470 C.E.*, Amsterdam, Amsterdam University Press, 2024, 409 pp.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/2ec5dj43>

El noroeste de la península ibérica se ha consolidado en las últimas décadas como un objeto de estudio preferente en la historiografía de la Antigüedad tardía hispana. Los trabajos de Pablo C. Díaz acerca del reino suevo, los análisis sobre poblamiento de Jorge López, las investigaciones dirigidas por José Carlos Sánchez, y las reevaluaciones del territorio de Iñaki Martín Viso han contribuido, entre otros, a dinamizar la comprensión de esta región, la cual era percibida como un espacio periférico y desconectado de las dinámicas compartidas por el conjunto del Imperio hasta hace unas pocas décadas. A la revalorización historiográfica y nuevas perspectivas para el avance del estudio de la Tardoantigüedad debe añadirse ahora este libro de Rebecca A. Devlin, quien, además, se apoya en toda la historiografía anteriormente mencionada.

Rebecca A. Devlin, doctora por la University of Florida, es profesora en la University of Louisville (USA). El presente libro *Bishops, Community and Authority in Late Roman Society. Northwestern Hispania, c. 370-470 C.E.*, publicado en la prestigiosa serie “Late Antique and Early Medieval Iberia” de la editorial Amsterdam University Press, constituye la adaptación de su tesis doctoral. En él, la autora analiza las comunidades cristianas lideradas por obispos de la *Gallaecia* tardoantigua. Mediante una aproximación metodológica basada en la interdisciplinariedad – fuentes escritas y registro material – R. Devlin construye un sólido discurso que le permite introducirse en las redes sociales del noroeste peninsular entre finales del siglo IV y mediados del siglo V. Aunque la autora persigue constantemente profundizar en la comprensión de las comunidades del noroeste, otro de los objetivos centrales de este libro es situar en contexto la producción de las fuentes analizadas: quiénes son los protagonistas del juicio contenido en el I Concilio de Toledo, qué buscaba transmitir Orosio con sus escritos o por qué Hidacio registra ciertos sucesos en su crónica. Asimismo, cabe destacar que la autora incorpora

bibliografía de muy reciente actualidad y combina tanto literatura hispana y portuguesa como anglosajona.

R. Devlin estructura su obra en dos partes, además de una introducción y las conclusiones. Aunque los cinco capítulos se dividen en dos secciones separadas cronológicamente (“Part 1: The Late Fourth Century” y “Part 2: The Fifth Century”), la argumentación y presupuestos metodológicos son continuos a lo largo de la obra. El plan de trabajo de R. Devlin queda explicitado en una extensa y fundamental introducción (pp. 17-68), donde la autora expone los objetivos del libro: revisar la historiografía tradicional que ha relegado a Gallaecia a ser un territorio marginal y cuestionar la visión del ascenso del episcopado simplemente como un reemplazo en el poder tras la desaparición de las estructuras imperiales. Frente a estas interpretaciones pretéritas, la autora propone una lectura basada en la larga duración y en la transformación de los aspectos políticos, sociales, económicos y religiosos. Igualmente, la elección de esta región del Imperio no se debe a sus características específicas, sino a las posibilidades interpretativas para elaborar una microhistoria. Con ella, R. Devlin demuestra que la norma en la tardorromanidad era la diversidad, y así pretende acabar con la manida excepcionalidad de Gallaecia. En esta introducción, la autora desarrolla cuidadosamente los presupuestos teóricos que le permiten descender desde los fenómenos macrohistóricos hasta las comunidades específicas de estudio: mediante un minucioso análisis de las fuentes documentales junto a una interpretación pormenorizada del registro material de los lugares donde se desenvuelven los hechos. Para ello, el conjunto central del libro son cinco casos de estudio, cada uno con su correspondiente capítulo.

Así, en el capítulo 2 (pp. 71-138), R. Devlin desarrolla las bases anteriormente expuestas para contextualizar las ordenaciones de Simposio de Astorga a finales del siglo IV. Su enfoque de microhistoria le permite superar las etiquetas duales de la acusación priscilianista y adentrarse en las dinámicas internas de la comunidad astorgana. En consecuencia, partiendo de las exiguas referencias en el juicio transmitido junto al I Concilio de Toledo (400), la autora profundiza en el período de transición que estaban viviendo las comunidades urbanas y rurales del noroeste antes y después de dicho concilio. Dentro de este marco interpretativo, se señalan la importancia de la *paidea* y de una educación tradicional romana como elementos de una cultura compartida entre las élites. Estos elementos eran indispensables para garantizar la aceptación de, entre otros, Simposio y Dictino en los círculos intelectuales de su época. Los obispos no

solamente se movían en los ámbitos de pensamiento y la alta cultura, sino también dentro de las redes comerciales y económicas. Con un detallado análisis de los grupos sociales, así como de sus lugares de hábitat (Astorga, León, Gijón junto a otros enclaves como Marialba, Veranes y Olmeda), R. Devlin demuestra que las fronteras entre las esferas secular y eclesiástica no estaban – ni estarán – bien definidas en estos momentos, posibilitando en consecuencia que los obispos emergieran como patronos de esos artesanos, obreros, comerciantes y otros dependientes. Justamente en esta implantación de redes de patronazgo podrían ubicarse las ordenaciones de Simposio juzgadas en el I Concilio toledano, las cuales la autora apunta que buscarían alcanzar enclaves costeros bien situados dentro de las redes de comercio transnacionales, para así garantizar el suministro de bienes de importación y satisfacer las demandas de sus comunidades.

Una de esas posibles acciones de Simposio fuera de su sede episcopal se estudia en el Capítulo 3 (pp. 139-190): las ordenaciones de Ortigio y Exuperancio. Nuevamente se repite la metodología del capítulo anterior para analizar todo el contexto que rodea esta reposición episcopal mencionada en el concilio de Toledo del año 400. R. Devlin propone con sólidas argumentaciones que la posible sede episcopal en disputa fuera Aquis Celenis y, por tanto, elabora un análisis en profundidad de esta comunidad. Si en Astorga se observaba una reducción entre las posibles élites que podrían competir con Simposio, el panorama en este enclave era completamente diferente. La autora subraya con precisión las transformaciones que el dinamismo del puerto de Vigo estaba provocando en la región, principalmente en lo concerniente a las actividades comerciales e industriales. Tal ímpetu económico provocó nuevas oportunidades para todos los grupos sociales, como demuestran las construcciones y remodelaciones de las *villae* del entorno (Toralla, Currás), orientando sus economías hacia estas redes de intercambio. Por ello, dentro de la competencia por canalizar estas nuevas posibilidades comerciales, R. Devlin trae a colación las exenciones y concesiones legales recogidas en la legislación tardorromana que favorecerían precisamente a las empresas comerciales amparadas dentro de la estructura eclesiástica. Esta ventaja fiscal generaría que el obispo y su iglesia aparecieran como un atractivo patrón bajo el que las élites y dependientes vinculadas a estos negocios buscarían situarse. El dinamismo y vitalidad de esta región costera, junto a la ausencia de un obispado en Lugo, sería la causa de que Simposio, aprovechando la necesidad de las comunidades locales por un nuevo líder capaz de consolidar ese tráfico de riquezas,

colocase a Exuperancio, en detrimento de Ortigio, en la sede de Aquis Celenis, cuya influencia alcanzaría enclaves costeros como Iria Flavia y Tude.

Otra hipótesis relevante de la autora propone que el celeberrimo recurso de la acusación priscilianista no era más que una herramienta – útil eso sí – para conseguir fortalecer las facciones propias y dinamitar las ajenas. El Capítulo 4 (pp. 191 – 226) se adentra en la comunidad de Braga de la mano de su obispo Paterno, quien ejemplificaría esa lucha entre comunidades clericales en el noroeste hispano. Frente a la escasa competencia interna al liderazgo de Simposio en Astorga, el obispo Paterno se enfrentaba a múltiples élites que podían socavar su autoridad en la antigua capital provincial. El análisis arqueológico de las *domus* (Escola Velha da Sé, Casa das Carvalheiras) y espacios públicos de Braga muestra que Paterno solo era un miembro más de las élites ciudadanas. Por ello, una medida para afianzar su posición dentro de este panorama económico y social bracarense fue la ruptura con quien le había colocado, Simposio de Astorga. Al cortar los lazos de dependencia con la sede astorgana, Paterno estaba construyendo su propia autoridad – la autora apunta que incluso metropolitana –. Las élites y los mercaderes y otros grupos productivos de la ciudad de Braga preferirían tener como patrón a un obispo, puesto que R. Devlin recuerda los privilegios eclesiásticos en cuanto a los impuestos y obligaciones de servicio público contenidas en la legislación. Incluso esta oposición de Paterno podría haberse conformado en otra facción – separada de Simposio – que buscaría extender sus redes de influencia por el noroeste, por ejemplo, hacia la sede anteriormente citada de Aquis Celenis, buscando canalizar esos recursos comerciales hacia su comunidad de Braga.

Si durante la primera sección del libro la argumentación se apoyaba en el juicio del I Concilio de Toledo, la segunda parte se basa en los escritos de Orosio e Hidacio. Continuando con el interés de la autora en contextualizar todo lo que rodea a la fuente, R. Devlin elabora una reconstrucción biográfica para comprender las motivaciones de Orosio en el capítulo 5 (pp. 229-272). En ese perfil del obispo se subrayan la importancia nuevamente de la *paideia* cristiana, la educación romana y las redes comerciales de largo alcance. Para comprender la comunidad de Braga en estas décadas del siglo V no pueden obviarse las experiencias de Orosio por el Imperio: desde su estancia en Hipona con Agustín al oriente mediterráneo con Jerónimo. Aunque otros autores señalan la disrupción causada por la llegada de vándalos, suevos y alanos en la península, R.

Devlin apunta a que los cambios ocurridos dentro de la comunidad urbana de Braga se deberían más bien a la irrupción de un nuevo jugador en el tablero económico y social, la Iglesia. Orosio y otros miembros del clero bracarense supieron valorar la importancia de garantizar los flujos comerciales que vinculaban su ciudad con el Levante mediterráneo. Unas rutas transitadas también por peregrinos – Egeria, Orosio y otros clérigos de Braga – donde la autora señala que se pudieron interrelacionar los intereses religiosos y comerciales: el status y reputación de distinguidos miembros de la iglesia posibilitarían el acuerdo y mantenimiento de los intercambios comerciales. A través de un minucioso análisis del registro material R. Devlin muestra que la iglesia no solo emerge como un jugador más, sino que el resto de las élites quieren situarse bajo su patrocinio.

El estatus adquirido por Orosio y otros miembros de su comunidad clerical podía verse, no obstante, amenazado por otras facciones clericales, por ejemplo, la conformada por Hidacio. El capítulo 6 (pp. 273-348) se centra en la crónica hidaciana para profundizar en los enfrentamientos entre facciones que continuaron durante todo el siglo V a través de personajes como el obispo de Aquae Flaviae, Agrestio de Lugo, Simposio de Braga o Toribio de Astorga. La autora sitúa dentro de estas luchas las acusaciones de priscilianismo y herejías, las cuales podían consolidar la posición propia y alienar la de los oponentes acusados. No obstante, la principal aportación de R. Devlin consiste en situar, dentro de ese contexto más amplio, las razones por las que los obispos aparecen en el siglo V como los líderes de sus comunidades y los responsables de alcanzar acuerdos con los poderes bárbaros – suevos y visigodos – y romanos – Aecio –. La autora ha venido mostrando en los capítulos anteriores que los obispos habían estado décadas construyendo una imagen y reputación específicas: élites romanas, bien educados, teológicamente formados, garantes de redes comerciales transregionales, patronos capaces y – con la llegada de contingentes bárbaros – embajadores efectivos. Los grupos sociales de sus respectivas sedes habían sido testigos de cómo sus obispos eran miembros de poderosas redes locales y transnacionales, velando además por los intereses específicos de sus comunidades. Por todo ello, R. Devlin afirma que no es de extrañar que ellos fueran los líderes elegidos, en detrimento de otras élites laicas. No solo sus comunidades vieron el ascenso de los obispos, sino que los poderes suevos y visigodos también observaron a la figura episcopal como el interlocutor preferente.

En las conclusiones finales (pp. 349- 362), la autora reivindica la utilización de casos de estudio para evidenciar las diferentes trayectorias

de los centros urbanos de Gallaecia y las distintas estrategias de cada obispo para conformar su autoridad, siempre estrechando lazos y fortaleciendo las relaciones con su comunidad. En consecuencia, R. Devlin sustituye convincentemente el paradigma lineal que planteaba una sucesión – automática – de las élites curiales por los obispos para, con una gran riqueza y profundidad expositiva, situar la irrupción de éstos como líderes de sus comunidades en un contexto de larga duración.

En cuanto a los aspectos formales, aunque la reproducción de los mapas no permite distinguir la información de manera adecuada, sí debe destacarse la calidad de las fotografías que acompañan cada lugar analizado. Este recorrido visual por el noroeste peninsular demuestra y desvela el interés de la autora por explorar personalmente cada escenario de los casos de estudio. Igualmente, la adición de un apéndice biográfico con los personajes que se analizan en el libro supone un gran acierto para ayudar a la contextualización de cada uno de ellos.

En definitiva, la obra de Rebecca A. Devlin emerge como una de las referencias obligadas para el análisis de la figura del obispo, no solo en el contexto de la *Gallaecia*, sino para todos los estudios sobre la emergencia de la autoridad episcopal y la importancia de sus comunidades durante la Antigüedad tardía.

ANDRÉS MÁNGUEZ TOMÁS
Universidad de Valladolid
andres.manguez.tomas@uva.es